

ARMENTUM

Comisario Ole Lie



AILÍN CALIRE

Armentum

Armentum

AILÍN CALIRE

Título original: Armentum

Ailín Calire

Primera edición: noviembre de 2018

Portada © Ailín Calire 2018

Edición: 2018

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados © Ailín Calire

ISBN: 9781729132210

Queda totalmente prohibida, sin la previa autorización estricta de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos entre ellos fotocopias y tratamiento informático.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*A mi marido por aguantarme en esta locura literaria.
A mi hija porque eres lo más precioso que tengo.
A mis padres, por su apoyo incondicional.*

Prólogo

Apuré el paso. El alcohol que momentos antes fluía por mis venas, se evaporó como por arte de magia, siendo remplazado por el terror. «¿Qué hago?», pensé. Podía sentir su aliento sobre mí. Tenía miedo, pero no sabía cómo deshacerme de aquellos cuatro hombres que se me acercaban. ¿Cómo puedes escabullirte cuando tienes tras de ti a una manada de depredadores, un grupo de cuatro hombres que te quieren dar caza para saciar sus más primitivos instintos?

Debía hallar un lugar donde esconderme, pero aquella zona de la ciudad no tenía más que locales que, a las dos de la madrugada, se encontraban cerrados a cal y canto.

Ahora me pregunto: ¿por qué demonios no le hice caso a Sylvia? Podría haberme marchado con ella a su casa. No pasaba nada si mis padres me reñían por no cumplir con volver a la hora acordada. En aquel momento prefería que me castigaran ellos y no esos cuatro lobos, que acortaban las distancias riendo y humedeciéndose el hocico.

Mis pulmones dolían de tanto correr.

No sabía dónde me encontraba. No reconocía los edificios a mi alrededor.

En mis quince años jamás me había alejado más allá del centro de la ciudad y ahora, presa del pánico, ni siquiera me había detenido a pensar a dónde quería llegar.

Miré sobre mi hombro y vi cómo, aquellos lobos hambrientos, se acercaban cada vez más. Mis piernas ardían, y,

poco a poco, dejaban de responder a las órdenes de mi cerebro.

Tropecé y me precipité al asfalto como un saco de patatas. Procuré ponerme de pie lo antes posible, sin embargo, no fui capaz. Al levantar la vista me encontré con ellos sobre mí.

Mis ojos se abrieron de par en par. No, no podía ser. No podían ser ellos. Sí, los conocía. Íbamos al mismo instituto.

El más alto y musculoso de los cuatro, me tomó por los hombros y me obligó a incorporarme. Intenté zafarme de sus garras, pero me asía con fuerza. Una fuerza sobrehumana, de la cual me era imposible escapar.

Sus risas resonaron en mis oídos como profundos aullidos. Sus miradas eran lascivas y notaba en sus rostros cómo disfrutaban de aquel momento. Por fin, tenían a su presa.

—No te muevas —susurró a mi oído quien me sostenía con los brazos por la espalda.

Intenté gritar, pero era incapaz de proferir más que un lastimero sonido, que no hacía más que incrementar el deseo en mis captores.

—Mientras más te resistas —murmuró—, peor será para ti.

Las lágrimas comenzaron a brotar y a rodar por mis mejillas, cuando quien me sostenía prisionera, me levantó en el aire, posándome sobre su hombro como si no fuera más que un trozo de carne. En verdad, eso era para ellos, un trozo de carne para saciar su hambre.

Cerré los ojos y me encomendé a Dios. Supliqué clemencia y piedad. No quería morir. Aún tenía mucho por vivir.

UNO

El irritante sonido del móvil, lo despertó de su pesado sueño. Se frotó el rostro y, mientras sacaba la cabeza de debajo de las mantas, tomó el aparato de la mesilla de noche, que sonaba sin descanso. Era su último día de vacaciones, pero al parecer, estas, finalizarían mucho antes de lo que tenía previsto.

—¿Sí? —preguntó con voz somnolienta.

Era Kurt Jacobsen, comisario jefe de la Comisaría General de Oslo.

—Han hallado el cadáver de un hombre. Te necesito ya mismo aquí —exigió—. Debes hacerte cargo del caso. Te envié la dirección por WhatsApp.

—¿Ahora? Te informo que es mi último día de vacaciones —suspiró—. ¿No hay nadie más que se ocupe del caso?

—Sabes bien cómo es nuestro personal, Lie. Además, no te hará mal volver un día antes al trabajo.

—Que te den, Jacobsen. —Miró el reloj analógico del móvil. Eran las siete de la mañana. Cerró los ojos y suspiró. —Dame quince minutos —agregó, al cabo de unos segundos, resignado.

—Vale, ni un minuto más.

—No me jodas. Agradece que ahí estaré —respondió poniendo fin a la comunicación.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Abrió el grifo de agua caliente de la ducha. Se quitó los calzoncillos y dejó que el agua hirviendo cayera sobre su espalda, despertándolo definitivamente.

«¿Justo hoy tenía que aparecer ese bendito cadáver?», pensó mientras tomaba el jabón y lo frotaba por su cuerpo. No podía ser al día siguiente, ¿no? ¿No podía disfrutar de sus vacaciones en paz? No era que tuviera demasiados planes precisamente, pero pretendía quedarse un día más, tendido en el sofá viendo alguna de esas aburridas películas, y mal subtituladas, que pasaban por la televisión. Siempre el maldito trabajo. Por culpa de su obsesión policial, había perdido todo excepto aquel departamento. Hacía un año desde que, con sumo pesar, había plasmado su firma en los papeles de divorcio que su ex mujer le había plantado en las narices. Imaginaba que su hija aún no le perdonaba sus ausencias, ya que, hasta ese día, no le cogía el teléfono.

Tomó la toalla y salió de la ducha. El agua caliente le había quemado la piel dejando un fuerte color rojizo sobre sus hombros y espalda. Se miró al espejo. ¿En qué momento había envejecido tanto? Su cabello rubio, poco a poco, había ido desapareciendo, mientras que sus ojos azules, antaño vivaces y despiertos, habían sido recubiertos con una fina capa de soledad. Lo único que aún le permitía aparentar sus treinta y siete años, era su cuerpo. Cien kilos de puro músculo, perfectamente distribuidos en ciento ochenta y cinco centímetros de estatura, fruto de las horas interminables que pasaba ejercitándose. Aquella actividad física, se había vuelto su rutina tras la disolución de su familia.

Pasó ambas manos por su rostro, comprobando que no era necesario rasurarse, aún podía aguantar un día más antes de que el vello facial lo hiciese ver como un vagabundo. Suspiró, mientras se dirigía al armario, donde, Rebecka —la mujer que le ayudaba con el aseo— había dejado sus prendas debidamente lavadas y planchadas. Escogió el conjunto de siempre —el único con el que se sentía cómodo—: vaqueros negros y polo blanco.

Tras vestirse y colocarse sus botas, se dirigió a la cocina, donde se preparó rápidamente un café instantáneo que colocó en un vaso térmico, para beber en el coche.

Camino a la puerta tomó su abrigo y dedicó una última mirada al departamento. Todo era tan diferente, sin embargo, nada había cambiado. Mientras se dirigía al coche, tomó el móvil del bolsillo de su cazadora, buscó el número de Irene entre sus escasos contactos y le dio a la opción de llamar. Tenía la sensación de que una vez más no le cogería el teléfono; y su presentimiento no estaba errado.

DOS

Al llegar a la dirección que le había facilitado Jacobsen, se encontró ante un amasijo de policías que iban y venían como una colonia de hormigas uniformadas, esquivando a los periodistas que lentamente comenzaban a agolparse tras la cinta policial. Cerró los ojos e inspiró, llamándose a la calma.

Buscó rápidamente el vehículo de la científica, pero fue incapaz de dar con él. Aún no habían llegado. Apretó los dientes. Cuando, Gina Halvorsen se llegase, el fuego del infierno se les antojaría agradable y acogedor.

Se apeó del coche y se acercó a la cinta policial que bordeaba la vivienda, ubicada en una de las zonas de mayor prestigio de la ciudad. La construcción podría haberse encontrado, fácilmente, en una de las tantas revistas de hogar; esas revistas que las personas adquirirían por el simple motivo de observarlas una y otra vez, recreándose en un sueño. Una enorme construcción modernista, que desentonaba con el estilo típico de las casas de aquella zona de Oslo. Era de esas enormes y lujosas viviendas cuyos propietarios suelen considerarse dioses. ¡Qué irónico! Los dioses, según las leyendas, eran inmortales.

Un agente uniformado, cuyo rostro le era desconocido —debía ser uno de los tantos que habían ingresado al cuerpo aquel año y que, Ole, no se había molestado en conocer— salió a su encuentro, cortándole el paso. Sacó su identificación policial del bolsillo trasero de sus vaqueros y la agitó frente a las narices del muchacho.

—Comisario Ole Lie, de Delitos Violentos —se presentó con una sonrisa burlona.

El chaval, de no más de veinticuatro años, se apartó con paso firme franqueándole la entrada. Ole, le agradeció con un leve asentimiento y se adentró en el imponente edificio, preparando su mente para lo que pudiese encontrar allí. Pero antes de llegar al lugar de los hechos, una rubia y robusta muchacha salió a su encuentro.

—¿Comisario Ole Lie? —preguntó con una profunda voz que denotaba sus años como fumadora, detalle que no le pasó desapercibido.

—El mismo. ¿Tú eres...?

—Tanja Iversen —respondió por ella, la profunda voz de Kurt Jacobsen a sus espaldas—. Será tu nueva compañera —agregó con una media sonrisa—. ¿Hay algún problema? —preguntó, notando el desconcierto en el rostro del comisario.

—Esto... No, no. Ninguno —respondió con una sonrisa un tanto forzada, a la vez que observaba a la muchacha.

No aparentaba más de veinticinco años, a pesar de su rollizo cuerpo y de una altura que rara vez había visto en una mujer. No cabía duda de que rondaría el metro ochenta de estatura. Sus rasgos finos y delicados, en aquel redondo rostro mostraban una jovialidad de la que él no era merecedor desde hacía años, a la vez que unos inquisitivos y azules ojos lo observaban expectantes. Tanja, se colocó un mechón rebelde, de su rubio cabello, tras la oreja derecha y le tendió amigablemente una pequeña y regordeta mano. Ole, correspondió a aquel gesto. Le sorprendió la firmeza y seguridad del saludo. No era que tuviese nada contra las personas con sobrepeso, sin embargo, era incapaz de comprender cómo alguien de aquellas dimensiones, había podido pasar las pruebas que requería la Escuela Superior de Policía.

—¿Seguro que no hay ningún problema, Ole?

—¿Cómo? No, por supuesto que no. ¿Tendría? —Se encogió de hombros.

—No. Pero tu cara no dice lo mismo.

—Lo siento. Estoy algo dormido aún —se excusó—. Bienvenida al cuerpo, Tania.

—Tanja —lo corrigió la joven sonriendo.

—Eso... Tanja —dijo restándole importancia—. ¿Podría saber ante qué nos encontramos?

Su nueva compañera, aplaudió asintiendo, mientras que, con un gesto de la cabeza, lo invitaba a seguirla. Se desplazaba con tanta gracia y elegancia, que se encontró pensando en lo extraño que le resultaba aquello. Había algo en esa mujer que le decía que, en su compañía, no dejaría de sorprenderse.

Tanja subió las escaleras y lo guió a través de un enorme y enmoquetado pasillo, decorado con infinidad de cuadros y esculturas de famosos artistas, que Ole fue incapaz de reconocer; pero que le permitió descubrir que el dueño de aquella vivienda no escatimaba en arte. El comisario procuró empaparse de todo lo que veía a su paso. Aquello le permitía, casi siempre, hacerse una simple pero buena idea del dueño del lugar. No obstante, en esta ocasión, no le era posible crear ni un minúsculo perfil. Aquel pasillo repleto de arte y salpicado de enormes puertas de un exquisito roble francés, no le decían absolutamente nada. Era como encontrarse en el interior de un prestigioso museo. Bello por donde se mirase, pero completamente frío e impersonal. Como si quien viviese allí, hubiese intentado rellenar las carencias personales, con dinero.

Al llegar al final del pasillo, Tanja se detuvo frente a la última y enorme puerta, idéntica a las decenas que habían dejado atrás. Pero en esta se hallaba una gran y visible diferencia con el resto. Estaba marcada con una chorreante cruz roja.

—¿Traes guantes? —preguntó sin apartar la mirada.

Tanja, sin responder, comenzó a rebuscar en los amplios bolsillos de su abrigo, en busca de un par de guantes de látex blanco. Ole, asintió para sí, tendiendo la mano derecha. Aquella muchacha iba preparada. No esperaba menos, pero acostumbrado como estaba a los demás agentes del cuerpo, no podía dejar de sorprenderse por esos pequeños detalles.

Tras colocarse los guantes con un único movimiento por vez —agilidad que le había otorgado la experiencia y, lamentablemente, la costumbre—, acercó el dedo índice a la cruz, para constatar que, efectivamente, se trataba de sangre en estado de coagulación, pero lo suficientemente fresca como para corroborarle que el asesinato se había cometido en las últimas horas.

Su primera impresión fue que el asesino, había querido guiarlos hasta allí. Quería que llegaran a la estancia correcta, sin pérdida alguna. Pero, ¿qué asesino se tomaría la molestia de ahorrarles tiempo? No lo entendía. Se encogió de hombros y empujando suavemente la puerta, ingresó a la habitación.

Lo primero que vieron sus ojos, fue una enorme cantidad de pisadas que habían quedado impresas en la moqueta. Apretó los párpados e inspiró profundamente. Necesitaba llamarse a la calma. «*Pedazo de inútiles*», murmuró para sí. Cuando llegase Gina y se encontrase con aquella escena, ardería Troya y más de uno preferiría estar en las entrañas del infierno.

Tanja, se percató de la expresión de fastidio del comisario.

—Sé en qué piensa —aseguró con voz ronca—. En cuanto llegué los corrí, pero el estropicio ya estaba hecho. Bueno, vamos, tampoco es que la imagen inicial fuese muy agradable y alentadora —agregó señalando con la cabeza la cama con dosel que reposaba en el centro de la estancia.

Ole, dirigió la mirada hacia aquella dirección y observó cómo un enorme y obeso cuerpo reposaba sobre la cama

cubierta de sangre.

Buscó dejar su mente en blanco. Estéril. De esa manera procuraba ser capaz de percibir todo lo que aquella habitación pudiese decirle sobre el asesino y la víctima. Siempre había actuado de aquella manera. Gracias a esto, se permitía ser consciente de hasta el detalle más insignificante.

Creía, fervientemente, que las pistas siempre estaban allí donde menos las buscabas. En innumerables ocasiones, sus compañeros habían tratado esa costumbre como estúpida e innecesaria, dado que la científica se encargaba de la recolección de pruebas. Sin embargo, él había desestimado esos comentarios y había continuado trabajando de la única manera que conocía. Sabía que en infinidad de ocasiones los técnicos de la científica, no por falta de experiencia o profesionalidad, sino por el simple hecho de ser humanos, pasaban por alto detalles que, a simple vista, aparentaban ser insignificantes y sin ninguna relevancia. Por ese mismo motivo, Ole, prestaba especial atención a aquellos elementos de la escena que parecían totalmente inofensivos y que se salían del cuadro principal.

Se acercó con cautela a la cama con dosel, donde reposaba el cadáver atado de pies y manos. Cada extremidad señalaba a un punto cardinal, sujetas a los cuatro postes del lecho, como una suerte de San Andrés moderno y entrado en carnes. Ole Lie, intentó moverse por la estancia dejando el menor rastro posible, para no entorpecer, aún más, el trabajo de los técnicos. No podía creer la ineficiencia que había en el cuerpo. Había pedido, hasta el hartazgo, una buena formación y disciplina en los miembros que se incorporaban al trabajo policial, pero, como cada vez que solicitaba algo, habían pasado olímpicamente de él.

Observó la imagen de aquello que horas antes se trataba de una persona. El cuerpo del hombre había sido mutilado, presentaba incontables cortes y rasgaduras en la piel. Sus ojos, sin vida, no se encontraban en su posición